

Religión

CRUELDAD COMUNISTA EN CHINA

De una carta del R. P. Germán Alonso,
S. J., superior de la Misión de Anking.

...A las siete de la mañana, terminada la Santa Misa, vinieron a detenerme unas 500 personas entre soldados armados, miembros de todas las oficinas con pistolas, capitaneando a carpinteros, albañiles, cargadores...

Nos presentamos ante el jefe el Exmo. Sr. Arzobispo, el P. Heras y yo. Nos ponen en las manos un oficio de la autoridad militar en el que decía que, por ser personas sospechosas al régimen, venían a hacer un minucioso registro de la casa.

Nos reúnen a todos los de la casa en la Iglesia y allí nos tienen custodiados desde las 7 y media a. m. hasta las 6 y media p. m., pasando en ayunas todo el día.

El registro fué un verdadero despojo. Levantaron la tarima de varios cuartos, golpearon paredes, abrieron boquetes, martillaron los retablos e inspeccionaron toda la Iglesia por si encontraban algún cuerpo de delito o los preciosos tesoros que suponían. Todo lo de algún valor fué a parar a sus manos. Ni una máquina de escribir dejaron. Toda la instalación de la luz eléctrica la examinaron, para ver si encontraban un radio trasmisor que no existía. Fué un día de sufrimiento moral al ver las irreverencias y burlas que hacían de todo lo santo y sagrado para nosotros. Desde ese momento quedó instalada la policía en casa, incomu-

nicándonos absolutamente con el exterior.

Los cristianos se han portado valientemente ante la persecución. Esto no quiere decir que no haya apóstatas pero también contamos con mártires y creo que el primero ha sido el Sr. Ma, secretario del P. Superior de la Misión, hombre de gran providad y fe sólida. Después de haber pasado unos cinco meses en la cárcel, el día tres de agosto fué fusilado. Días antes le habían puesto la disyuntiva de apostatar o el tiro de gracia; de acusar a los misioneros o morir. Por fidelidad a su fe prefirió y aceptó su sacrificio. Rezando fué desde la cárcel al montecillo de la ejecución y rezando murió. Su cadáver lucía la cinta de la Congregación Mariana de hombres a la que pertenecía. Con él ajusticiaron a otros ocho y sólo la cabeza del Sr. Ma fué respetada por el tiro de gracia; las de los demás quedaron horriblemente mutiladas. Sistema del comunismo: no habían pasado dos horas desde la ejecución cuando un grupo de la juventud comunista se presentó en casa del Sr. Ma para ver la reacción que había producido en sus hijos el fusilamiento de su padre.

Volvamos a la Iglesia. Cuando el despojo quedaba casi terminado nos fueron llamando al Sr. Arzobispo, al P. Heras, al P. Escanciano, al P. Silvio, al P. Sartre y a mí. Ya estaba completa la lista de los que tenían que apresar. Cada uno acompañado de dos policías fuimos a nuestros cuartos para recoger la ropa de cama. Nos formaron en el patio y en fila, de uno en uno, llevando nuestro ajuar, cada uno con su policía al lado con pistola en mano, recorrimos las calles que conducen a la cárcel.

Nos tomaron nuestra filiación; nos registraron, quitándonos cuanto llevábamos en el cuerpo: medallas, escapularios, rosarios, breviarios... todo tuvimos que entregarlo al jefe de la prisión.

Ingresamos en una de las celdas de los presos ordinarios. Suele haber diez presos en cada una, sin más sitio que el suficiente para estar echados o sentados que son los dos únicas posiciones que se permiten.

¿La poesía? de ciertas distribuciones de las cuales es difícil hablar y menos escribir sin ofender el olfato, es curiosísima. En esta distribución, en común y a toque de silbato, veíamos pasar dos ve-

ces al día a presos conocidos, algunos católicos, varios alumnos nuestros y un seminarista.

Les debía resultar molesta a los comunistas nuestra exhibición, pues a los tres días nos mudaron de sitio llevándonos a un patio aislado donde no éramos vistos.

El P. Heras había llevado hostias y vino; con pretexto de que eran medicina pudimos conseguir que nos las devolvieran, y desde el 3 de junio decíamos por turno tres misas y comulgaban los demás.

Poco duró este consuelo. El día 9 de junio nueva etapa y bien dolorosa para nosotros. Nos separaron poniéndonos a cada uno en una celda, sin podernos hablar ni vernos y sin ninguna comunicación tampoco con el exterior. Sin libros ni ocupación se hacían larguísimas las diecisiete horas que contaba nuestro día de prisión: a las cinco de la mañana levantarse y a las diez de la noche acostarse. La noche interminable con el calor, los mosquitos, las chinches y otros animalejos, más los cambios de centinela cada dos horas y el alboroto de estos para no dormirse. Así hasta el cuatro de septiembre.

Este día nos cambiaron a otras celdas individuales cuyas paredes divisorias eran de tabla. Antes de cinco minutos ya había encontrado varias rendijas entre las tablas y no habían pasado diez, cuando ya estaba enviando la primera misiva al P. Escanciano. Las rendijas sirvieron de comulgatorio. Las hostias y el vino se nos habían agotado. ¿Cómo las conseguiríamos nuevas? el 8 de julio me decidí a escribir una carta al jefe de la prisión indicándole que padecía algo del estómago y por eso estaba acostumbrado a tomar dos medicinas en ayunas; que dichas medicinas no se vendían en la ciudad, pero que en la misión católica las teníamos y le pedía me permitiera pedir las.

Consintió en que escribiera un papecito en chino para mandarlo a nuestra casa. La redacción fué así: "Tengan la bondad de mandarme las dos medicinas que en casa tomaba en ayunas y que me daba el H. Aparicio (este H. era el sacristán). Una de ellas son unas pequeñas hostias y la otra es líquida. Como hace mes y medio no las tomo no hago bien la digestión y las funciones mayores..." Aquel mismo día tenía ya

en mis manos una cajita con 18 hostias pequeñas. El vino lo habían mandado también, pero no llegaba a mis manos.

Al día siguiente pregunté al encargado qué habían hecho de la medicina líquida. Me contestó que no permitían pasarla; que sólo las medicinas compradas en la ciudad por medio de ellos, era permitido usarlas. Le respondí que en la ciudad no se vendía y que tomar sólo la otra era inútil, pues la combinación de las dos era la que daba el efecto. Escribí otra vez al jefe y al día siguiente tenía en mi poder un frasco de vino.

El mismo día 20 dije mi primera misa en aquella celda y por las rendijas de las tablas pasé la forma consagrada al P. Escanciano. Las facultades que teníamos de la Santa Sede eram amplias. Algún día aun en mangas de camisa tuve que decir la Misa, pues siempre teníamos un vigilante y había que disimular.

Comíamos lo que nos daban: el arroz lo servían en nuestra misma palangana de lavarnos. Más tarde era una herrada la que servía para eso, después de haber lavado todas sus ropas los vigilantes en ella.

Gracias a Dios hemos salido todos bien de salud. Todos más flacos y con mal de rodillas, a pesar de no habernos arrodillado durante tres meses, sin duda por falta de movimiento.

En los tres meses largos que permanecemos en la cárcel sólo dos veces nos tomaron declaración y las preguntas que nos hicieron fueron muy comunes y ordinarias: con quien teníamos relaciones, a quien escribíamos, por qué nos habíamos opuesto al cisma; que éramos imperialistas, que íbamos contra ellos, que impedíamos a los jóvenes ingresar en sus asociaciones... todo lo decían ellos y ninguna explicación o refutación admitían.

El 25 de agosto llaman al Sr. Arzobispo y después de hacerle todos estos cargos y de recriminarle le dieron la sentencia para él y todos nosotros. Esta fué que el pueblo y los cristianos nos expulsaban de China.

Por fin el 3 de septiembre acompañados del jefe de la cárcel y de seis soldados armados nos permitieron ir a nuestra residencia. El piso de abajo estaba ocupado por los del comité cismático.

Cada padre acompañado de dos soldados fueron a sus cuartos para recoger la ropa y cosas puramente personales. Todo lo demás ya no nos pertenecía, pero la mayor tristeza fué que no nos permitieron ni hablar ni despedirnos de los nuestros. Vimos pero no pudimos recoger las lágrimas de los cristianos que habían acudido a la calle al enterarse que estábamos en casa. Cristianos: hombres y mujeres, niños y niñas mostraron su dolor y no fué menor el que esas lágrimas produjo en nuestros corazones. Sería la última vez que nos verían.

En la cárcel la policía revisó nuestras cosas y a esperar al día siguiente que sería el de nuestra partida. Llegaron las doce del medio día del día cuatro. Oímos la sirena del barco e inmediatamente nos dieron la orden de salir. En la puerta de la cárcel estaba ya formado el piquete de soldados armados. Veinte números hicieron un cuadro cerrado; nosotros de dos en dos recorrimos las calles de la ciudad que conducen al puerto. Les ofendía todo acto de simpatía hacia nosotros.

En el puerto nos entregaron a cada uno una copia de la sentencia; el mismo modelo para todos. Era un precioso documento de nuestra inocencia y la guardamos como testimonio de que sufríamos por Jesucristo y su Iglesia. En Sanghai antes de subir al tren nos los recogieron diciéndonos que aquello no podía salir de China; con verdadera pena lo depositamos en sus manos.

El día cuatro de septiembre acompañado de dos policías zarpaba el barco Chiangan, arrancándonos del corazón de nuestra misión, donde durante 27, 23 y el que menos 15 años habíamos sudado y desgarrado lo mejor de nuestra vida. La despedida de la torre de la pagoda fué una oración: ¡Señor! que pronto volvamos y que en la punta de esa torre pongamos tu imagen de Rey y de Redentor.

Las lágrimas no tuvieron valor para ocultarse. Dejábamos a muchas personas queridas y en circunstancias bien tristes. Los padres de allá no sabemos qué suerte correrán. Se encuentran sin libertad e imposibilitados de todo contacto con los cristianos.

Los cristianos pasan por una tremenda persecución. Viven en los tiempos de Nerón y Calígula. Los cismáticos se encargan de amedrentarlos por todos los medios. Dentro de poco los meterán en

casa y allí hasta que se mueran de hambre. Prohibición de recibir visitas, comprar o vender, de recibir limosnas y al menor descuido detenidos y a la cárcel. Si las lágrimas asomaron al ver tanto mal no fué por cobardía.

Los dos policías que en el barco nos acompañaban fueron muy deferentes y nos permitieron asomarnos a la cubierta. El día 6 a las doce del mediodía llegamos a Sanghai. En dos autos nos condujeron a la oficina central de la policía. Dos días y dos noches duró nuestro viaje desde Sanghai a Kiwanchow, capital de Wantung. Viaje en calidad de reos con los cinco policías que no nos perdían de vista. En el mismo asiento comimos lo que nos dieron y aun teníamos que pedir permiso para todo. El día veinte comenzamos la última etapa de nuestro viaje. A las doce y media del mediodía llegábamos con nuestros cinco policías a la frontera de la ciudad de Hong Kong.

Dos pasos más y comenzamos a respirar aires de libertad. Despertábamos de un sueño. Nos esperaba en la frontera el P. Peña. La policía colonial británica nos trató con la mayor deferencia y finura. Nos presentamos sin pasaportes y sin ningún documento que acreditase nuestra personalidad. Dos palabras del P. Peña y todo está arreglado; podemos pasar y poner pie en la perla del oriente, nombre bien adecuado para indicar esta hermosa ciudad de Hong Kong. Aquí nos enteramos de lo que había sucedido toda esa temporada del lado de acá del telón de acero de nuestra prisión. Supimos la propaganda tan injuriosa y calumniadora hecha en Anking contra nosotros por la prensa, caricaturas y radio. Nos dieron cuenta de la exposición plástica de nuestros inventados crímenes: miles de niños muertos en nuestras manos y otras mil acusaciones por el estilo que por lo usadas y sobadas ya aburren al pueblo. Son tan exageradas y ridículas estas acusaciones que ellos mismos se ponen de manifiesto que son calumniadores y el pueblo mismo lo conoce muy bien. Tranquilos podemos quedar, pues nada cree el pueblo y así lo manifiesta.

Los crímenes de que nos acusan en unos sitios están calcados en las acusaciones de otras ciudades. En los periódicos comunistas del interior se ve claramente que una misma plancha de imprenta, mudando los nombres de personas y ciudades, puede servir para todos los sitios.